

- CLIM. ¡Gervasio! (Gervasio sigue adelantando.) ¡Herma-  
no! (Gervasio vuelve la cabeza.) ¿A dónde vas?  
GERV. A fuera. Acabas de echarme. Puedes hacer-  
lo. Eres el amo. Fuimos hermanos hasta  
que murió mi padre. Desde entonces eres  
tú el dueño. No me quejo. Una mujer nos  
juntó, porque nacimos de ella: otra mujer  
nos separa. El que más pueda que la logre.  
¡Adiós!
- CLIM. ¡No! ¡mientras yo viva, no! Mira, Gervasio,  
ha sido un arrebato que ha pasado ya. No te  
marches. Después de todo, ¿cómo no va a de-  
jarme por tí, si soy un bruto? Mira, Gerva-  
sio; una sola cosa te pido: que ella decida.  
Todavía no sabemos quién ha de pasar por  
esta puerta.
- GERV. (Haciendo descansar la azada en el suelo y respondi-  
endo a Climentón de mala gana.) ¿Y tardaremos mu-  
cho en averiguarlo?
- CLIM. Pocas horas: esta tarde. (Pausa.)

### ESCENA VIII

DICHOS, LA MORRA. Entra ésta con la cara entre alegre y temerosa

- MORRA ¿Queréis comer?  
GERV. (Con vivísimo desprecio.) Ni quiero comer, la  
Morra, ni quiero verte más en esta casa.  
MORRA ¡Gervasio! (Con angustia.)  
CLIM. Gervasio, paciencia hasta la tarde.  
GERV. Paciencia... ¿por qué? Yo no sé si la Laya  
me quiere ni me importa. Pero sé que la  
quiero y que he dicho que será mía.  
CLIM. (Con mucha intención.) ¡O de nadie!... Llegado  
el caso, también sabe Climentón hacer sus  
cosas aunque no las diga. (Gervasio queda un  
poco atemorizado. La Morra sigue sollozando. Climen-  
tón va a la mesa, hace con el cuchillo una cruz en el pan  
y lo parte en tres pedazos.)

### TELÓN

## CUADRO SEGUNDO

Estamos en la pequeña huerta de la casita de Andrés y Laya. A la  
derecha, uno de los costados de la casa: en primer término, la  
puerta que da entrada a ésta por la huerta, y en segundo térmi-  
no una ventana adornada con flores. La huerta está cercada por  
el fondo con media tapia rústica; una puerta viejecita que se abre  
en esta tapia da entrada a la huerta. Al lado izquierdo, en primer  
término, un pozo: detrás y encima del pozo, un emparrado con  
muy pocas hojas. Algunos árboles. Pegado a la casa, un trozo  
de tierra blanda que el viejo tío Andrés cava perezosamente. Son  
las tres de la tarde.

### ESCENA PRIMERA

LAYA y ANDRÉS

- LAYA (Asomando a la puertecita de la casa.) Pero, padre,  
¿son estas horas de estar en la huerta? ¿Sen-  
tará usted la cabeza alguna vez?
- ANDRÉS (Soltando la azada con mucho disimulo.) Hija, si no  
hago nada...
- LAYA (Llegando al sitio donde su padre trabaja.) ¿Y esto?  
(Con la azada en la mano.) ¿Y toda esta tierra...  
no está recién removida? ¿No me da en las  
narices su olor de fortaleza?... ¡Y que no  
ahonda usted poco por la gracia de Dios!  
¡No hay mozo labrador en todo el llano ca-  
paz de meter la azada en faena con tanto  
ahinco!



ANDRÉS (Muy satisfecho del elogio.) ¡Y que lo digas... si es verdad!

LAYA ¡Miren... y se le cae le baba!... Ande dentro, que esta humedad le está matando.

ANDRÉS Es que...

LAYA No se excuse. Adentro: no tiene usted perdón de Dios.

ANDRÉS Pero, hija, mira... Esta mañana he podido arrancarle al párroco unas simientes de aquellas habichuelas de San Pancracio... que son la gloria de su huerta... Miralas... hemos hablado dos horas... me ha explicado cómo debo plantarlas, con qué luna, en qué sitio, de qué modo... ¡todo! Si me afano un poco, todavía aprovecho la luna de hoy para plantarlas. Mañana cambia... no tengo más remedio... dame... falta poco, mujer... déjame. (Quiere tomar la azada.)

LAYA Que no, digo. (Sin soltarla.)

ANDRÉS ¡Si vieras! Con las lluvias del mes pasado está la tierra tan blanda que se deshace sola.

LAYA Vaya... pues si tan fácil es... y está la tierra blanda... y el trabajo es corto...

ANDRÉS Como decir un *Padre Nuestro*.

LAYA Vaya, pues ande usted allá dentro y yo preparo la tierra y le aviso luego. (Se recoge las faldas y entra brávemente con la azada en las manos para trabajar la tierra.)

ANDRÉS ¡Qué terca eres, muchacha, vamos!

LAYA He salido a mi padre, ¿sabe usted? y no reniego de mi casta.

ANDRÉS Pues, ¿sabes lo que pienso? Que cuando esté la tierra preparada, podrías entrar a avisarme, y yo mismo saldría a plantar las habichuelas bien abrigado.

LAYA Ya hablaremos de eso.

ANDRÉS Con el tapabocas no puedo tener frío.

LAYA Que sí, que sí. (Andrés entra en la casa.) ¡Pobre viejo! también él necesita un hombre en esta casa. (Suspira y vuelve a cavar el trozo de tierra.)

## ESCENA II

LAYA y CLIMENTÓN. Entra Climentón, que primero se dirige a la casa y luego viendo a Laya, que trabaja canturreando, se detiene, la mira un rato y acaba por decirle:

CLIM. ¿Qué haces, Laya?

LAYA Mi padre se ha empeñado en cavar este pedazo de tierra, y yo, porque él no se cansara, le he cogido la azada... ¿sabes?... pero pesa mucho.

CLIM. Dame. (Secamente.)

LAYA Toma, y muchas gracias, Climentón. (Le da la azada.)

CLIM. No hay de qué, Laya.

LAYA (Viendo la faena de Climentón, que cava con rabia la tierra.) Está dura la tierra, ¿verdad?

CLIM. No le hace. Esta se ablanda con paciencia y voluntad. Ya ves si se acostumbra mal el labrador con ella.

LAYA ¡Mira, tú! Sobre todo cuando el pobre labrador no tiene tratos más que con gentes falsas y traidoras. ¿No es eso?

CLIM. (Dejando de cavar, con las manos cruzadas sobre la azada.) Algo de eso, Laya.

LAYA Dilo de una vez. Gervasio acaba de hablaste... Te ha mentido y le has creído.

CLIM. ¿Y por qué dices tú que me ha mentido?

LAYA Porque es llano. Si Gervasio te hubiera dicho la verdad, tú a estas horas dudarías de mí menos que nunca. Porque la verdad de lo pasado en el monte no me ofende.

CLIM. Bueno, Laya... por algo yo no quería hablar y estaba bien con mi dolor adentro. No he dudado de ti... Gervasio lo sabe, pero... ¿no es una desgracia ahora este cariño de mi hermano?

LAYA Para ti ninguna.

CLIM. Me ha hecho frente. Hemos hecho comida de enemigos. ¡Cuando yo le esperaba para que nos viera juntos y me diera un abrazo



- muy apretado de mirar la mujer que llevo á casa!
- LAYA ¿Pues qué te ha dicho Gervasio?
- CLIM. Lo que te dijo á ti: ¡suya ó de nadie!
- LAYA Y tus penas, ¿de qué nacen?
- CLIM. De ver la gloria de tu cuerpo tan á las claras, y la voluntad de Gervasio tan á lo vivo, y mi cariño por los dos tan grande, que me corta la acción y ata mis manos.
- LAYA Escucha, Climentón, como lo que ahora estás haciendo con la tierra, es el amor; un gran rosál que ha de plantarse. Y para que el rosál dé flores, hay que cavar la tierra, ¿no es verdad? y plantarlo á tiempo, bajarse á recortarlo y regarlo y ser esclavo de él á todas horas, ¿te das cuenta?... Pues mira tú lo que hace Gervasio para plantar el rosál: llega al terreno, no repara si está duro, porque tal vez empieza á secarlo el sol de otro cariño; lo golpea brutalmente con sus zarrias de pastor, le enseña los puños y le dice: «Mañana quiero flores»... y ya ves tú; la tierra pide otra cosa... no entiende de amenazas.
- CLIM. Es claro, Laya... pero las mujeres...
- LAYA Somos como la tierra, Climentón, y más sentidas que la tierra todavía. ¡Que nos castiguen! pero así, con cariño siempre, Climentón; labrador has sido tú toda tu vida, y sabes que Gervasio no puede recoger lo que no ha sembrado, ¿verdad?
- CLIM. Sí, Laya.
- LAYA ¿Y ya no dudas?
- CLIM. No.
- LAYA Porque tu rosál verdea cada vez con más ahinco, y ¡quién sabe si le apuntan ya las flores!
- CLIM. ¡Sí que apuntan, Laya! (Yendo á ella y soltando la azada.)
- LAYA ¡Eh!... A la tierra, labrador, que falta un poco todavía y no hay más remedio que cavar con cariño y con paciencia porque Dios bendiga la siembra. (Escena muda hasta que Climentón vuelve al terreno, coge la azada y sigue cavando.)

- CLIM. (Da un suspiro.) Estoy contento, Laya, de haber venido á verte. (Laya sonríe. Cavando un poco más hasta terminar la faena.) ¡Eh! ya queda esto listo, y yo me voy, que tengo que regar mi huerta.
- LAYA ¿Vas contento, Climentón? ¿No pasará nada con Gervasio?
- CLIM. No tengo más que una palabra, Laya. Voy contento.
- LAYA Así me gustas, Climentón.
- CLIM. No, si no me cuesta. Hazte cuenta que al salir de aquí me tropiezo con Gervasio por el camino. Pues no he de volver siquiera la cabeza para mirar si entra en tu casa. (Aparece Gervasio en la puertecilla de la huerta.)
- GERV. Buenas tardes. (Laya mirando á Climentón como incitándole á que la pruebe que es verdad lo que la acaba de decir.)
- LAYA Buenas tardes, Gervasio.

### ESCENA III

DICHOS y GERVASIO

- GERV. (A Laya.) ¿Está tu padre en casa? Vengo á verle á él. Me hizo encargo de unas plantas en el monte y se las traigo. No os estorbéis por mí.
- LAYA Pasa adentro, Gervasio. Sí que está mi padre en casa. (Gervasio atraviesa por delante de los dos y entra en la casita de Andrés. Climentón ha bajado la cabeza y está como clavado en el sitio. Laya le mira con una maliciosa piedad. Comprende las luchas que se traban en su espíritu, pero con empeño femenino quiere obligarle á cumplir su palabra.)

### ESCENA IV

LAYA y CLIMENTÓN

- LAYA Decías, Climentón...
- CLIM. No sabía lo que decir.



LAYA ¿Vuelves a dudar?...  
CLIM. ¡Que no! Pero me ahogo...  
LAYA ¿Pues qué haces?  
CLIM. (Decidiéndose con esfuerzo violentísimo y súbito.)  
¡Marcharme! ¡Mira si es verdad lo que te he  
dicho, que aunque me está matando lo cum-  
plo. (Sale. Laya se queda en la puerta viéndole partir  
y dice.)

### ESCENA V

LAYA y LA MORRA

LAYA Tiene razón él; mientras viva Gervasio, así  
estaremos siempre. ¡Dios mío! ¿y no hay  
remedio?  
MORRA Uno sólo, Laya.  
LAYA ¡Ah! ¿estás ahí, la Morra? ¿Cómo no has  
entrado por la puerta?  
MORRA Por no tropezarme con Climentón. Como le  
disgusta vernos juntas...  
LAYA ¡Pobre! Ven, la Morra. Pero, ¿qué te pasa?  
Estás rendida... ¿de dónde vienes?  
MORRA De la villa.  
LAYA ¿Y a qué has ido?  
MORRA A por el remedio que te he dicho.  
LAYA ¿Qué remedio?  
MORRA Mañana saldrá Gervasio del pueblo... y no  
tengas cuidado; en tres años lo menos no  
vuelves a verle por aquí.  
LAYA ¿Pues qué has hecho?  
MORRA ¡Delatarle!  
LAYA ¿Pero tan malo es Gervasio?  
MORRA Más desgraciado que malo, no te creas.  
LAYA ¿Y cómo tiene que ver con la justicia?  
MORRA No; con la justicia no, con los civiles. Hace  
dos años le sortearon en la plaza; tenía que  
servir. Maldijo de su suerte, y a la noche  
dejó el pueblo y se internó en el monte.  
Repara que nunca pasa más de tres días en  
el pueblo y que tiene el aire de ir huyendo  
siempre.  
LAYA Sí, es verdad.

MORRA Pues acabo de delatarle. Mañana... tal vez  
esta noche, vendrán por él.  
LAYA ¿Por qué has hecho eso?  
MORRA No lo sé. Ha sido inspiración que me ha  
venido de dentro y ha podido más que yo.  
Gervasio me ha echado de casa... no sé dón-  
de pasar esta noche. Le hubiera muerto... y  
le he delatado. Para él es peor.  
LAYA Eso está mal, la Morra.  
MORRA Mal está sufrir siempre y no ver esperanza  
de alegría; mal está el mundo y sus penas.  
Laya, créeme, Gervasio se me escapaba y  
yo sola no podía sujetarle; le atarán los bra-  
zos y yo le hablaré entonces. No te creas, a  
todas partes le seguiré como una sombra de  
su cuerpo; insultaré con él a los que le  
atormenten; y si son dos los que le lleven  
preso, y un día Gervasio se agacha a mí y me  
dice: «¡mátale!» soy mujer, Laya, pero me  
echaré sobre ellos y les clavaré las diez uñas  
en la garganta. ¡Te lo juro! ¡Gervasio ha de  
deberme todas sus penas y toda su alegría!  
¿Le quieres, pues?  
LAYA Como nunca, Laya. Dos corazones hay en  
mi cuerpo para quererle... ¡ya ves tú!  
MORRA Pues oye... (Se oye la voz de Gervasio hablando con  
el Tío Andrés dentro de la casa.)  
LAYA (Muy agitada.) ¿Es su voz esa, Laya?  
MORRA Está adentro hablando con mi padre.  
LAYA ¿Gervasio está en tu casa?  
MORRA Sí. (La Morra hace actitud de huir. Conteniéndola.)  
LAYA ¡No! no te vayas, la Morra; escóndete. (La  
Morra se agacha detrás del pozo.)  
GERV. (Dentro.) ¡Hasta la vista, tío Andrés!

### ESCENA VI

DICHAS y GERVASIO. Gervasio, queda un momento parado en el  
quicio de la puerta contemplando a Laya

LAYA ¿Qué hace mi padre, Gervasio?  
GERV. Busca su manta para abrigarse, porque  
quiere salir a plantar no sé qué.



- LAYA. Pues no saldrá; ya le he dicho que... (Va a salir en dirección a la casa.)
- GERV. (Dándole un pequeño empujón para detenerla.) ¡Alto, Laya! Tenemos que hablar.
- LAYA. Hablemos.
- GERV. Me has despreciado en el monte; te has reído de mis amenazas; me has metido la guerra en casa y te has burlado de mí. No has tenido miramientos conmigo, yo tampoco los tendré contigo.
- LAYA. ¿Qué quieres decir?
- GERV. Quiero saber si se cierra muy tarde la puerta de tu casa y si le costaría mucho abrirla a un hombre de voluntad.
- LAYA. Mi puerta se cierra y no se cierra, Gervasio. Un hombre de voluntad puede abrirla siempre. Un hombre de buena voluntad no la abre si no es para hacer bien. Eso es, Gervasio. ¿Qué más quieres que te conteste?
- GERV. Supongamos que yo e-ta noche, cuando dan las diez, llego hasta tu casa y abro la puerta...
- LAYA. Supongamos que antes, gentes que te quieren mal ó que buscan deshacerse de tí, te han delatado en la villa...
- GERV. (Muy sobresaltado.) ¿Qué quieres decir, Laya? ¿Quién te ha dicho?... ¿Has ido a delatarme?
- LAYA. Es un suponer, Gervasio... y puestos á ello, vale la pena de ir hasta el final para ver cómo te sales... porque, mira, el juego me interesa.
- GERV. ¿Sí, Laya?... Pues supongamos eso también. Mejor si es esto. Porque al abrir la puerta de tu casa... supongamos que una mujer me espera dentro, y como ve á las claras mi cariño, y sabe que no puedo retardarme en el pueblo y que la noche nos ampara, se pone de mi lado, le gusta aquel camino largo en medio de la obscuridad; pasamos con el amanecer la raya de Francia y mañana en otra tierra, solos, jóvenes, sin pensar más que en querernos y en vivir, yo trabajo, ella canta, y la vida es fácil y hacedera... ¿te gusta?

- LAYA. Sí, Gervasio; ¡y sería lástima que no se pusiera de tu lado esa mujer!
- GERV. Si tú la convences...
- LAYA. Pues he de procurarlo, ¡te lo juro!
- GERV. ¿No me engañas? Eres tú de habla engañosa siempre, Laya.
- LAYA. No hagas caso. ¡Hoy no te engaño!
- GERV. Pues si tú te empeñas en convencerla... ¡esa mujer es mía!
- LAYA. ¡Por supuesto!
- GERV. ¡Por fin!... ¡Bendita seas!
- LAYA. (Rechazándole con el tono y el gesto.) ¡Hasta la noche, Gervasio!
- GERV. (Marchándose.) ¡Hasta la noche, Laya! (Sale Gervasio. Laya le mira alejarse sonriendo. Sale la Morra.)

## ESCENA VII

LAYA y LA MORRA

- LAYA. (Sonriendo.) Ya le has visto, la Morra. Esta noche á las diez, abrirá la puerta, porque dice que una mujer le espera en esta casa.
- MORRA. ¿Y tú?
- LAYA. No he querido desmentirle.
- MORRA. ¿Por qué?
- LAYA. Porque me has dicho tú que no sabías dónde pasar la noche, y me ha parecido que bien podías pasarla aquí.
- MORRA. ¿Pero entonces?...
- LAYA. ¡Entonces... las cosas han venido bien y la alimaña ya cayó en la trampa!

TELON